



El «Jimmy» delante de su taxi, un R-18, en el año 1995

lar sinestésicamente su propia fisonomía.

Se llamaba Jimmy y hoy me cuesta pronunciar su remoto nombre, salido de una sesión cualquiera de los muchos programas dobles que viera en el cine de su pueblo. Podría haber sido Jonhy o Peter o Harry... Pero en su sobrante soledad de boca con humor, fue Jimmy hasta su muerte. ¿Qué pasa, Jimmy?; ¿mucho curro, Jimmy?; ¿qué bien te conservas, Jimmy?

Hasta que la heráldica de su nombre inventado se hizo pavesas una mañana, ante un corto sermón pactado en un tanatorio de la zona norte. Cuando se cerró el telón de tus días, embutidos en una caja de madera barata —«la más barata, señor enterrador, que no hay conciencia que lavar y sí mucha leña que arder—, mamá, como la más azarosa de las heroínas del bel canto, ¡se meó! Literalmente. Como lo oyes, Jimmy. Si llegas a

«Jugó a ser taxista, agarrado al volante hasta que consiguió una licencia en propiedad»

«Supo imprimir en mi mente infantil que todas las verdades estaban en los libros»

verlo, te vuelves a morir... de risa, claro. A mamá que todo le duraba tanto, menos los maridos, se le abrieron los esfínteres de par en par mientras un sacerdote, perito en salmos, rezaba un padre nuestro por Jimmy López González.

Dicen que me parezco al Jimmy pero es puro halago sin contrafuerte. Es cierto que a ambos nos gusta el Gran Colegiata del 94, que de él testimonio sus piernas torcidas y una abundante mata de pelo que él peinaba en un poderoso «Arriba-España»... y no es menos cierto que los dos reímos—todavía no he perdido la cadencia de su risa— como rebuznan los caballos del ejército... Pero el Jimmy era naïf y yo sólo aspiro a serlo. Él era minimalista y yo soy una barroca sin remedio. Él tenía un sentido del humor inteligente y yo sólo tengo una triste vena irónica de niña urdida en la generación «post-equis». Es por eso que ahora trato de recuperar todo lo suyo,

«Dicen que me parezco al “Jimmy”, pero es puro halago sin contrafuerte»

«Desde que se ha ido, el mundo se ha organizado como un gigantesco cubo de Rubik»

incluso lo que nunca me fue propio: reivindicando un terruño que no me pertenece, como lugar de origen privativo. Murió mi referencia y estoy velándola, que diría el poeta.

Muchas fueron las cosas que le robó el «Jimmy» a la maleta de la muerte: la capacidad de disfrutar de casi todo, la risa grande, amplia y llena de fiesta, la inocencia de encomendarse a la bondad ajena. Capaz, siempre, de ver la vida desde un ángulo diferente al de casi todo el mundo, desarrolló una inusitada facultad poética para red denominar a las cosas y renombrar a las personas. Así, en su particular mundo de enseres y personas, mi hermano era el Chepa, yo la Vitrubia, mi sobrino el Patxi, mi tío el Chergas, mi abuelo el Borrita, el vecino del cuarto, el Fanegas...

Mi padre, el «Jimmy», sabía que no moriría nunca a pesar del fulminante cáncer que viajó a trescientos por hora sobre la autopista de su hígado. Alien verdinegro que se le instaló en el pecho un mes antes de lo de la bomba perfusora y todo lo demás. Sabía que no moriría, porque creía que la vida era buena, noble y sagrada y le había pillado el tranquilo a esto de la existencia. Estaba preparado para irse pero no para morir de una forma honda, profunda y lorquiana. Por eso se llevó tan pocas cosas, las maletas casi ligeras... y nos ha dejado todo lo demás: la costumbre de tenerle, sus chistes, sus latiguillos, su olor impregnándolo todo, su escueta filosofía de vida jamás tejida con sentencias ajenas que, como un estrecho traje, pudieran apretar su bonhomía. Pero lo más importante que nos dejó fue la pasión por la literatura. Él, que apenas sabía leer ni escribir, supo inculcarnos como nadie el amor por el negro sobre blanco, los nombres de los escritores oídos en la radio, la necesidad de acariciar un libro por el puro placer de intuir lo que un tomo cerrado depara.

Habló con su voz y por su boca hasta el último momento. Se fue, que no murió, en lugar de con las

botas puestas, con las manos grandes del hortelano que nunca dejó de ser en permanente estado de vigilia: abriéndolas y cerrándolas... dando y recibiendo... Permitiendo que por él fluyera el misterioso e inaprensible encanto de la vida. Desde que se ha ido, el mundo se ha reorganizado como un gigantesco cubo de Rubik. Para mal. Para bien.

A los seis meses de su muerte fuimos al pueblo el día de difuntos a comer con mis tíos, sus hermanos: Mari, José y Nani. Un cabrito y un tostón asados en un fuego con sarmiento, dentro de un horno de Pereruela, cuya cerámica todavía anda estudiando la NASA. Bajamos a la huerta donde vuelan sus cenizas y allí vimos florecida «la flor» que más le gustaba: la berza. Mi tío Nani cortó tres hermosos ejemplares del manjar que más le cautivara a mi padre y después de un maravilloso día de comunión toresana —en la finca de María la Patata— y recuerdos familiares, volvimos a Madrid con el coche oliendo a un repollo. Ayer hicimos patatas con costillas y le añadimos esa berza que contiene un poco, de un modo orgánico-infinitesimal y un tanto metafórico, de las cenizas del Jimmy. Asumimos un poco de él, en plena comunión con él, regado con un buen tinto de la bodega Fariña; ¿antropofagia animista, acaso?

¿Por qué intento hablar de libros y cuento la muerte de mi padre? Porque él es el comienzo de todo. Un día te despiertas y tienes una herida incurable. Amanece y llevas los gestos y ademanes de quien ya no está... Pero te queda el recuerdo, los descubrimientos que él, y sólo él, supo explicarme con sus cortas palabras, sus frases yuxtapuestas y su imposibilidad para pronunciar términos eruditos. Él, como quizá yo haga algún día con mi hija, supo imprimir en mi reblandecida mente infantil que todas las verdades del mundo estaban en los libros. Desde Zipi y Zape hasta «El Ulises» de Joyce pasando por «El Conde de Montecristo», «Ana Karenina», «La España invertebrada», «Poeta en Nueva York», «El Idiota», «Tiempo de Silencio»... Él no pasó de Mortadelo y Filemón, puedo jurarlo, pero precisamente ahí reside su mérito. Supo inculcarme que todo estaba en los libros: las verdades y las mentiras de las que disponíamos en volúmenes amontonados en las estanterías de casa, que él se ocupaba de reponer con su escaso sueldo de «pela». Así pues, amado Jimmy, donde quiera que estés, necesito que escuches lo que el poeta sirio Nazih Abu Afsh escribió, sin duda, para evocarte... que la poesía me permita decir lo que tenía que decir sin que la muerte se enterara.

Ángeles LÓPEZ